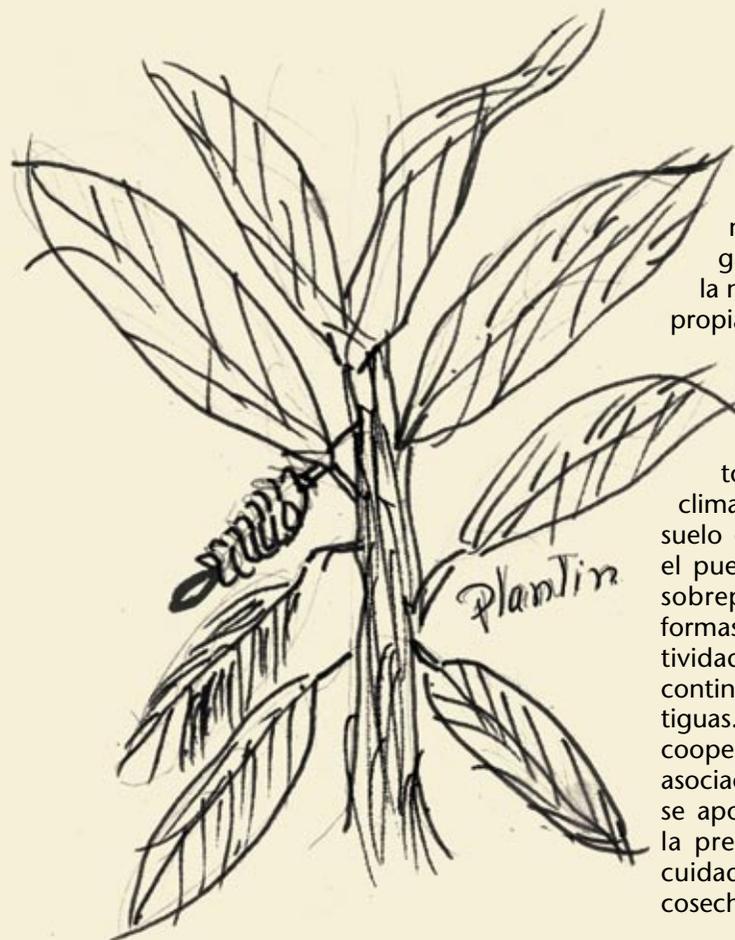


La agricultura raizal y sus conflictos

POR PATRICIA ENCISO PATIÑO

DIBUJOS DE LOS RAIZALES

San Andrés comenzó a decaer desde 1953. Hasta entonces la isla iba viento en popa; desde cuando abrieron el puerto libre la isla se atrasó y no ha podido recuperarse, y nosotros los nativos somos los que sufrimos tratando de encontrar una solución.
Orly Livingston, San Andrés Isla¹



Los agricultores raizales son seres que caminan por el mundo pegados a la tierra, sintiendo la naturaleza del entorno y la propia vida como si fueran una sola cosa. Han establecido fuertes vínculos con los pozos de agua dulce, con el mar y con el viento, conocen los ritmos del clima y el comportamiento del suelo desde antaño, y, aunque el puerto libre, el turismo y la sobrepoblación cambiaron las formas económicas de productividad y subsistencia, muchos continúan con sus prácticas antiguas. Algunos están afiliados a cooperativas, otros han creado asociaciones, y una buena parte se apoya en la familia durante la preparación del terreno, el cuidado y la recolección de la cosecha, la comercialización de

los productos y la vigilancia de las fincas. Son grupos de trabajo solidario, conformados por jóvenes y adultos de ambos sexos, con quienes pude compartir casi dos años de preciosos momentos alrededor del fogón, recorriendo las fincas o conversando en los patios mientras realizábamos con Native Foundation for the Archipelago's Sustainable Development, NAFASD, un proyecto de historia oral y memoria colectiva que buscaba fortalecer la identidad cultural y la convivencia interétnica a través del análisis de hechos históricos ocurridos en las islas.²

El intento por mantener la tradición agropecuaria en el archipiélago ha estado en manos de los granjeros raizales. Ocasionalmente, los gobiernos de turno les ofrecen proyectos que a largo plazo tendrían beneficios significativos, pero estos casi siempre terminan antes, cuando cambia de silla el mandatario. Por eso se han organizado. En San Andrés trabajan en equipo los agricultores que venden sus productos en los toldos del parque Bolívar, algunos de ellos afiliados a la Anuc; los que viven en Sound Bay, San Luis, Elsy Bar, Tom Hooker y South End, que pertenecen a la Cooperativa de Agricultores de San Luis, Coasan; el grupo de Cove Sea Side, que constituyó Independent Farmers United Association, Infauna; la Red de Mujeres de San Luis; y los agricultores de Linvall, en The Hill. En Providencia y Santa Catalina hay asociaciones de trabajo agrícola en los sectores de South West Bay, Rocky Point, Mountain, Bottom House, Old Town, Fresh Water Bay y Santa Catalina. También allí existe una

Dibujo en página izquierda: Francisco Bent

red de mujeres —Split Hill— que produce exquisitos dulces y mermeladas elaborados con frutas nativas.

Sobre la necesidad de organizarse, Job Saas, presidente de Infauna, nos dijo:

“Nuestra asociación se creó para defender y proteger todo lo que es nuestra cultura, raíces, agricultura y pesca relacionadas con nuestro estilo de vida. Nos gusta cultivar para nuestra gente. Es lo mínimo que podemos hacer por ellos porque conocemos sus necesidades y los problemas que los isleños enfrentan con la comida. Nos damos cuenta de que nuestros antepasados vivían felices en la isla porque todo lo que hacían era pescar y cultivar y no necesitaban nada más; hacían intercambio: yo te doy yuca y tú me das pescado, así que no tenían los problemas de hoy”.

Este principio cultural, la reciprocidad, todavía se conserva, aunque es evidente su disminución. Existe en todas las familias nativas, incluso en la forma de relacionarse con las personas foráneas, amigas o parientes.

Antes del puerto libre se sobrevivía sin causar desequilibrio ambiental y había armonía, pero el proyecto homogenizador produjo una inestabilidad en las estructuras sociales y mentales de los nativos. La gente se vio obligada a adaptarse a los mandatos de las autoridades. Entonces muchas personas incorporaron los cambios a su vida, pero otras sólo lo hicieron de boca para afuera, lo que generó un permanente choque entre el discurso normativo colonizador blanco y el comportamiento descendiente de los africanos, que en este caso corresponde al conocimiento de los secretos



Dibujo: Jaime Taylor

Patricia Enciso Patiño: Ha dedicado más de 15 años a la investigación histórica y educativa con comunidades indígenas, afrocolombianas y raizales. Ha asesorado a la Gobernación de San Andrés, Providencia y Santa Catalina en el tema de educación intercultural bilingüe e historia de la cultura nativa. Ha publicado numerosos libros y artículos, siendo el libro más reciente “Los Hilos que Amarran Nuestra Historia” (“The Threads that tie our History”).

...la gente comenzó a llegar y a traer cosas, empezó la importación de alimentos que no son saludables para nosotros. No estamos comiendo buena comida porque

de la naturaleza, la apropiación del espacio en relación con ésta y la reciprocidad, propia de las culturas vernáculas.

Desde cuando inauguraron el puerto libre —continúa Saas— esto se volvió un desastre; la gente comenzó a llegar y a traer cosas, empezó la importación de alimentos que no son saludables para nosotros. No estamos comiendo buena comida porque todo está contaminado con químicos y esa es la razón por la que tratamos de tener nuestras propias granjas,

se quede aquí ya que para las elecciones recibirán sus votos.

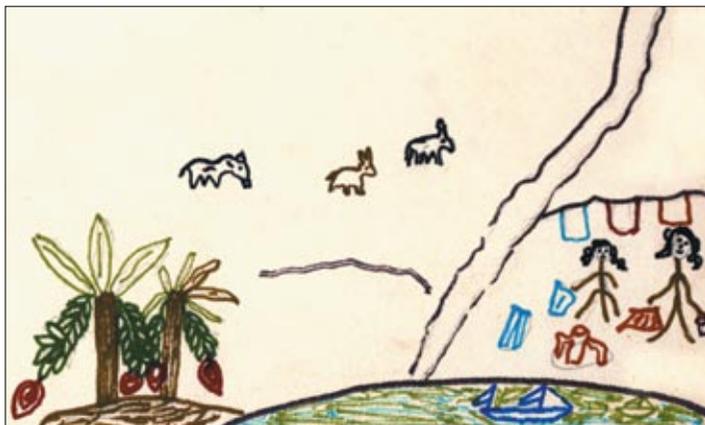
Similar es la opinión de Camacho Yates, agricultor de Linvall: “Fue un milagro que se salvaran los agricultores porque nosotros no sabíamos lo que era un puerto libre, en vez de adelantar cincuenta años retrocedimos, la población creció y no estamos produciendo suficiente para nuestra propia gente, además de los que llegaron después del puerto libre”.

En el pasado la vida era totalmente comunitaria. Los mu-



Jorge Greenard dibujando. Foto: Patricia Encizo

todo está contaminado con químicos y esa es la razón por la que tratamos de tener nuestras propias granjas, para no comprar tantas cosas en las tiendas; sólo tendríamos que comprar lo que no cultivamos, como arroz.



Dibujo: Lyndon Thyme

para no comprar tantas cosas en las tiendas; sólo tendríamos que comprar lo que no cultivamos, como arroz. Más que todo trabajamos para proteger el medio ambiente en esta parte de la isla y velamos para que nadie entre en esta área y haga cosas como las que nos tienen así. Como pueden ver, ahora hay demasiada gente en la isla, este es uno de los problemas más graves que enfrentamos y ninguno de los líderes políticos quiere hablar de eso quizás porque para ellos sea conveniente que toda esa gente

chachos tenían la obligación de sembrar para aprender a trabajar; había hombres que recogían el coco y lo apilaban, hombres que lo pelaban y hombres que subían a los árboles, hombres que cargaban las carretas, chicos que llevaban las carretas con el coco, esa era la regla. “No ganábamos mucho dinero —cuenta Mr. Orly Livingston—, pero podíamos vivir de eso porque el costo de vida era normal, con veinte centavos íbamos a la playa y comprábamos cinco libras de pescado, pero hoy todo es diferente”.

Era común el sistema de trueque. El producto de las cosechas se intercambiaba entre agricultores y pescadores, y, del mismo modo, existía el intercambio de servicios. Esto es justamente lo que intentan conservar los grupos de trabajo solidario. Como dice Carson Hudgson: “Nosotros estamos usando el sistema antiguo de trabajo, pero es muy difícil y, aún así, tenemos que rescatarlo porque conservar la tradición es parte de nuestra lucha”.

riendo de la granja, compramos carro, motocicleta y dejamos el campo creyendo que un carro nos va a dar más. Lo que tenemos que hacer no es mirar dónde comienza el problema, sino dónde va a terminar, ese es el tema serio de la vida, una vez nos demos cuenta y aceptemos dónde va a terminar podremos tomar una decisión y adoptar una posición.

Siguiendo su ejemplo y el de las otras organizaciones, se han creado grupos de jóvenes que dedican parte de su tiempo



Dibujo: Jaime Taylor

Algo similar piensa Lino Pussey, quien vende en el parque Bolívar:

Uno de mis grandes sueños era regresar y contarle a la gente que tendríamos que volver al campo para tener productos sin los químicos que tantas enfermedades nos están causando. En este momento mi mamá tiene más de ochenta años y es muy fuerte, y ahora desde los cincuenta te quedas ciego, tu cuerpo es débil a causa de los químicos, así que tenemos que volver; el hecho está en nosotros porque salimos co-

a trabajar la tierra. La agricultura está volviendo a ser importante en las islas; se retomó la granja en Providencia, y la Red de Solidaridad Social está desarrollando pequeños proyectos de seguridad alimenticia con agricultores de las tres islas y con la Universidad Nacional de Colombia, sede San Andrés.

Había suficiente para todos

En los viejos tiempos la agricultura era, junto a la pesca, una de las fuentes de supervivencia más importantes para los raizales.

El producto de las cosechas se intercambiaba entre agricultores y pescadores, y, del mismo modo, existía el intercambio de servicios. (...) Como dice Carson Hudgson: “Nosotros estamos usando el sistema antiguo de trabajo, pero es muy difícil y, aún así, tenemos que rescatarlo porque conservar la tradición es parte de nuestra lucha”.



Concurso con cocos, abundancia Agosto 7 de 1989. Foto: P. José Archbold



Dibujo: Jaime Taylor

En la memoria colectiva de los raizales aparece con frecuencia una imagen de abundancia en el pasado. Además de tener más que suficiente para el consumo de cada familia, había inmensas cosechas de naranjas, melones y cocos que, luego de ser recolectadas, se exportaban hacia Colón, en Panamá, y hacia Cartagena.

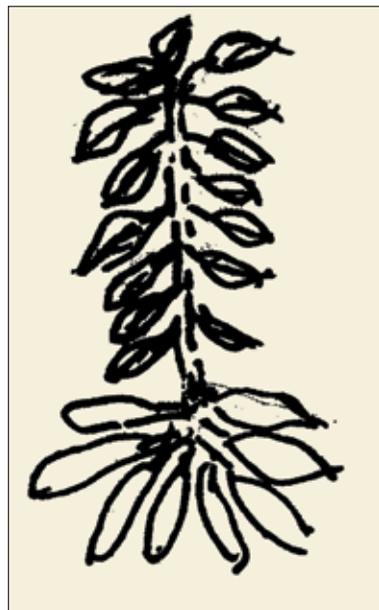
Como en cualquier sociedad rural, la vida giraba alrededor de la siembra y cosecha de cultivos de pancoger ubicados en los patios de la casa madre—concepto utilizado por los raizales para señalar la vivienda materna, en cuyo patio se construyen las casas de los hijos y nietos a medida que van teniendo su propia familia— o en las fincas. Siempre había suficiente para todos; la naturaleza, con su ritmo, llevaba lo necesario para vivir.

Así sigue siendo el mundo en Providencia y Santa Catalina. Cuando hay cosecha de mango, se come mango; cuando hay más pargo que otros peces, se come pargo; cuando va a venir la lluvia, se siembra; cuando hay tamarindo o aguacate, se aprovechan. Todos los elementos del ambiente se incorporan a la cotidianidad en su justo momento.

En la memoria colectiva de los raizales aparece con frecuencia una imagen de abundancia en el pasado. Además de tener más que suficiente para el consumo de cada familia, había inmensas cosechas de naranjas, melones y cocos que, luego de ser recolectadas, se exportaban hacia Colón, en Panamá, y hacia Cartagena. Los agricultores de San Andrés llevaban sus productos a un pequeño muelle ubicado junto al antiguo Palacio de Gobierno, donde antes era mar, para embarcarlos a su nuevo destino. Los compradores pagaban en dólares, en pesos colombianos o utilizaban el sistema de intercambio: a veces se enviaba coco y naranja a cambio de carne de tortuga, comida para cerdos, cola, cerveza, harina, sal o azúcar.

Había una fábrica de copra—grasa de coco— en North End y otra en el Cove. Se dice

que todas las familias de la isla sembraban coco y que las fábricas compraban su producción. En ese entonces había mucho trabajo: en la parte baja de las casas se acumulaban montañas de doscientos, trescientos o quinientos cocos, que luego eran partidos por la mitad, puestos a secar y más adelante entregados a la fábrica, donde se procesaba la grasa. Se exportaba copra a Barranquilla y Estados Unidos, mientras los cocos eran enviados al mercado de Cartagena. Al ce-

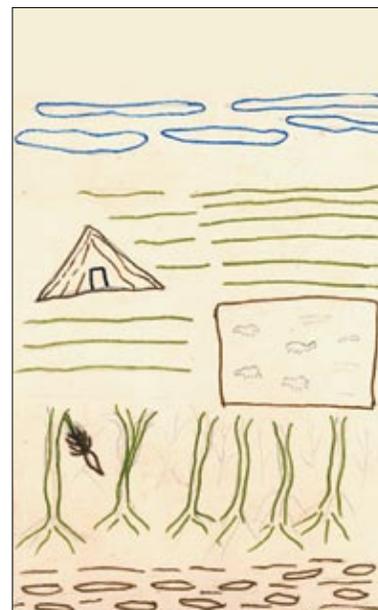


rrarse las fábricas, primero una y luego la otra, comenzó la venta directa de coco también a compradores de Barranquilla. En la actualidad nada de eso existe.

Comercializar la producción se ha convertido en un martirio. Los agricultores del pueblo raizal sufren las consecuencias de la apertura económica y la sobre-

población, como si se tratara de matemáticas invertidas: a mayor cantidad de gente menos venta de productos agrícolas isleños. Los que llegan tienen otras costumbres alimenticias y muchos de ellos son comerciantes que compiten con el mercado nativo trayendo productos importados.

“Producimos mucho, pero no hay quien compre, especialmente durante los meses de enero, febrero y marzo cuando tenemos muy buena yuca, pero al comercio no le interesa com-



Dibujo: Norvel Walters

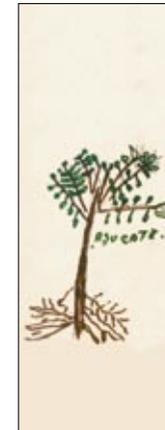
prarnos, así que después de estos tres meses la yuca comienza a endurecerse. Si no controlamos esto, no estamos haciendo nada. Entre abril y agosto tenemos muchas sandías, pero las están trayendo del continente y no podemos vender las nuestras”, explicó con tristeza Camacho Yates.

Todos coinciden en señalar la difícil situación. Marcelino Hodgson, por ejemplo, nos dijo: “El mayor problema que tenemos es cómo vender nuestros productos porque la gente no quiere comprarlos. Yo voy a los hoteles con cien libras de melón y no lo quieren comprar, pero sí compran todo el que viene de fuera. El único hotel que nos compra es el Decamerón”. Interesante contradicción: el comprador pertenece a uno de los más grandes monopolios hoteleros, que compite con los raizales que intentan vivir del turismo, con sus posadas nativas y sus pequeños restaurantes de comida típica.

El problema de los “dueños”

Uno de los mayores conflictos de los agricultores son los “dueños”, como se suele llamar a los ladrones. El producto de sus fincas se lo llevan otros, casi siempre acusados de viciosos. “En otros tiempos el robo era de cocos, ahora es de todos los productos”, nos dijo una tarde Mr. Félix Palacio mientras conversábamos con los agricultores de The Hill en Tamarind Tree. Luego recordó que en los años sesenta se creó la figura del policía rural. Su función consistía en vigilar las fincas y mantener el orden en las mismas. Cuando atrapaban a un ladrón lo ponían a trabajar, y si se rehusaba le daban una paliza. Esta práctica ha sido retomada por algunas de las organizaciones, y en Providencia y Santa Catalina hay quienes nunca la han dejado.

Los agricultores están de acuerdo en pedir al Estado que vuelva a instalar la policía rural en San Andrés. Sin embargo, tienen claro que deben nombrarse perso-



Dibujo: Jaime Taylor

El mayor problema que tenemos es cómo vender nuestros productos porque la gente no quiere comprarlos.



Dibujo: Jaime Taylor

...en los últimos años ya no es posible descifrar estos signos de la naturaleza con la misma facilidad que en el pasado. (...) El recalentamiento del planeta ha transformado el clima, y el orden de las lluvias ya no es el mismo; los agricultores sufren las consecuencias...

nas nativas en este cargo porque sólo así se puede garantizar que el policía reconozca al “dueño”. Un continental jamás podría identificar a los ladrones que se deslizan en los cultivos durante la noche. Piden, igualmente, que se retomen los castigos tradicionales: la paliza y el trabajo obligatorio en el terreno de la víctima, ya que en muchas ocasiones se ha atrapado al ladrón, pero, al llevarlo a la estación de policía, en lugar de apresar lo sueltan por no ser mayor de edad o porque se trata de un delito menor. Así no se puede seguir, han dicho.

Otro dolor de cabeza es la falta de agua

Se sigue cultivando de acuerdo con las fases de la Luna que, a su vez, se asocian a los tiempos de lluvia y de sequía. No obstante, en los últimos años ya no es posible descifrar estos signos de la naturaleza con la misma facilidad que en el pasado. Tampoco funcionan como antes las orientaciones de los almanaques Bristol o McDonalds. El recalentamiento del planeta ha transformado el clima, y el orden de las lluvias ya no es el mismo; los agricultores sufren las consecuencias y esto los lleva a recordar los chubascos del pasado. Suelen enfatizar que ahora llueve, pero no como antes cuando caían aguaceros que duraban veinte días.

Hace falta agua dulce. Nadie creería que en San Andrés había más de cuatro mil pozos originales. No eran muy hondos, pero las familias tenían la paciencia de esperar hasta dos horas a que el agua subiera para cogerla. Además, no existía el problema de la sobrepoblación. “Hoy están perforando muy profundo y

eso afecta el suelo, bajan cientos de metros para sacar el agua de la tierra, hay cientos de pozos perforados en la isla y eso afecta a la agricultura”, comenta Mr. Félix Forbes, de Linvall. Él insiste, una y otra vez, en que la mejor solución para el problema del agua es instalar una planta desalinizadora porque así se evitaría que la gente siga extrayendo el líquido del subsuelo.

En Providencia hay dificultades con la represa de Fresh Water Bay. Varias veces se ha intentado contratar quién limpie la masa de sedimento acumulada en el fondo. Ha habido problemas de incumplimiento, de planeación y de control. No se toma agua de allí para regar y la agricultura depende de la lluvia. Los humanos también. El agua del acueducto depende del nivel de la represa, que sólo sube cuando llueve.

Esta dependencia de la naturaleza no es fácil de manejar en los tiempos modernos, y los nativos esperan apoyo real del Estado; sin embargo, cada administración llega con una idea diferente, inician planes, se acaba el tiempo y no se alcanza a empalmar el uno con el otro; siguen pasando los años y el agua escasea cada vez con mayor intensidad.

NOTAS

¹ Mr. Orly Livingston, hoy de setenta años, es agricultor y uno de los líderes más representativos en los sectores de Elsy Bar y San Luis.

² El equipo coordinador estuvo conformado por Silvio Casagrande May, Nayla Williams y yo. En Providencia y Santa Catalina colaboró con nosotros Dina Ward, de Rocky Point. 